

La transmisión del pensamiento helénico a través de Bizancio y su recepción en Rusia

Cynthia Lara Avendaño

Universidad Autónoma de Ciudad Juárez

ORCID: 0000-0001-8359-995X

EL IMPERIO BIZANTINO, HEREDERO DIRECTO DEL IMPERIO ROMANO, desempeñó un papel fundamental en la configuración de la cultura, la religión y el pensamiento de Europa oriental y del mundo ortodoxo. Su influencia, que abarcó más de un milenio, no se limitó a su vasto legado artístico, jurídico y religioso, sino que dejó una honda huella en la filosofía y en la manera de concebir la relación entre razón, fe y existencia. En este contexto, es trascendental explorar cómo el pensamiento bizantino, profundamente imbricado con las tradiciones helénicas, modeló la identidad del Imperio y la de aquellos pueblos que heredaron su legado cultural y espiritual, en particular los pueblos eslavos y, más en específico, Rusia. Esta herencia no fue simplemente un trasplante institucional o dogmático, sino una transformación civilizatoria —en el sentido que propone Norbert Elias en *El proceso civilizatorio*—, donde los cambios culturales, religiosos y simbólicos se gestan de forma gradual y continua a lo largo de siglos.

Tras la división administrativa del Imperio romano en el siglo IV d. C., la región oriental comenzó a desarrollar una identidad singular que, sin romper con su herencia romana, generó nuevas formas de organización política, espiritual y cultural. Esta transformación se consolidó en la ciudad de Constantinopla, fundada en el año 330 por el emperador Constantino sobre la antigua polis griega de Bizancio. Al nombrarla en su honor, Constantino estableció no solo una nueva capital, sino también el centro simbólico de una civilización que perduró por más de un milenio. Su caída en 1453, a manos del Imperio otomano, marcó el cierre de una era y el tránsito hacia un nuevo orden geopolítico bajo dominio islámico.

Bizancio, como continuadora del mundo antiguo, conservó y transformó el legado helénico a través de su institucionalidad imperial, su cultura teológica y su misión evangelizadora. Durante el gobierno de Justiniano (siglo VI d. C.), se codificó el derecho romano en el *Corpus Juris Civilis*, una obra jurídica de largo alcance en la historia europea. Pero más allá de lo jurídico, fue la integración del cristianismo como fundamento del orden social lo que dio forma a una concepción teocrática del poder. El emperador era visto como representante de Dios en la tierra, y la Iglesia Ortodoxa se consolidó como guardiana de la fe y de la identidad bizantina.

En este marco, la filosofía bizantina no se limitó a conservar los textos antiguos; los releyó a la luz de la revelación cristiana. La razón, heredada de Grecia, fue orientada hacia la contemplación de lo divino. Autores como Gregorio Palamás desarrollaron una filosofía de la experiencia mística, centrada en la “luz no creada”, un tipo de conocimiento espiritual que excede los límites del intelecto. Así, más que una cuestión de lógica, la verdad era una participación en lo trascendente. Basilio Tatakis destacó esta síntesis en su obra *Filosofía bizantina*, subrayando cómo la tradición helénica fue reconfigurada por la espiritualidad cristiana.

Un ejemplo concreto de esta relectura es la interpretación cristiana del concepto platónico de idea. Para muchos pensadores bizantinos, las ideas no eran solo formas ideales sino principios divinos presentes en

la mente de Dios. Esta reconfiguración teológica transformó la metafísica clásica en una ontología teológica. También la lógica aristotélica fue integrada en los estudios teológicos, siendo herramienta para la argumentación doctrinal, como se aprecia en los tratados de Juan Damasceno.

La proyección de esta tradición alcanzó territorios eslavos mediante una profunda labor misional. En el siglo IX, los hermanos Cirilo y Metodio, enviados para evangelizar a los pueblos eslavos, crearon el alfabeto glagolítico y sentaron las bases para el desarrollo del alfabeto cirílico. Este nuevo sistema de escritura combinaba letras del griego con signos específicos para sonidos eslavos, facilitando la traducción de los textos litúrgicos y filosóficos al eslavo antiguo. Su impacto no fue meramente técnico, sino civilizatorio: permitió que el cristianismo ortodoxo arraigara en la cultura de la Rus de Kiev.

La conversión de Vladímir I en 988, narrada en la Crónica de Néstor, fue decisiva. Según el relato, sus enviados quedaron maravillados por la liturgia de Santa Sofía en Constantinopla, describiéndola como una experiencia donde no sabían si estaban en el cielo o en la tierra. Este testimonio revela el poder estético y espiritual de la liturgia bizantina como medio de influencia cultural. A través de la arquitectura, el icono, la música sacra y la teología, la Rus incorporó un modelo de civilización con raíces griegas y orientales. Los monasterios rusos se convirtieron en

espacios de copia, estudio y meditatio. La tradición patrística, los comentarios teológicos y los tratados filosóficos llegaron para alimentar una reflexión religiosa que, con el tiempo, se tornó también en interrogación existencial y nacional. Un ejemplo es el Monasterio de las Cuevas de Kiev, donde se produjo una intensa actividad de escritura que conservó y adaptó textos bizantinos a la sensibilidad eslava.

Durante los siglos XIX y XX, pensadores y escritores rusos reactivaron esta herencia como matriz de creación. Fiódor Dostoievski exploró en sus novelas los dilemas de la libertad humana, el sufrimiento, la redención y la búsqueda de sentido. En *Crimen y castigo*, Raskólnikov encarna el conflicto entre una razón instrumental que justifica el asesinato y una conciencia espiritual que reclama arrepentimiento. En *Los hermanos Karamázov*, el starets Zósima representa la posibilidad de una sabiduría espiritual profundamente cristiana, enraizada en la tradición ortodoxa. Lev Tolstói, por su parte, articuló una ética basada en la conciencia, el amor y la no violencia, en diálogo con la tradición cristiana oriental y con nociones clásicas sobre la virtud y el destino. En *Guerra y paz*, la búsqueda de sentido por parte de Pierre Bezujov lo lleva a una visión más espiritual de la historia, donde los grandes acontecimientos obedecen a un orden moral subyacente.

En el plano filosófico, Vladímir Soloviev propuso una visión integradora donde la verdad, la bondad y la belle-

za fuesen expresiones de lo divino. Su obra *La justificación del bien* parte del ideal platónico y se proyecta hacia una filosofía moral cristiana. En *Bizantinismo y Rusia*, defiende una síntesis entre oriente y occidente, donde la mística ortodoxa complementa la racionalidad occidental. Nikolái Berdiaev, desde un enfoque existencialista, afirmó la libertad como esencia del ser humano y vinculó la creación espiritual con la dignidad humana. En *El destino del hombre*, reivindica la capacidad creativa como participación en lo divino, en consonancia con la tradición de *theosis*.

La influencia bizantina perdura en la literatura rusa, pero también en su arquitectura —como puede observarse en la catedral de San Basilio o en la magnificencia del Kremlin, ecos visibles del arte sacro bizantino— y en el cine de autores como Serguéi Eisenstein, Andréi Tarkovski o Aleksandr Sokúrov, quienes exploran la espiritualidad, la memoria y la redención desde una estética profundamente simbólica.

Estos ejemplos muestran que la tradición bizantina no fue una simple herencia cultural, sino una corriente viva que nutrió el pensamiento ruso. El logos, la idea del bien, la luz no creada y la divinización como horizonte antropológico siguen siendo claves de una tradición viva que articuló el pasado helénico con la identidad eslava. Esta confluencia generó una filosofía encarnada en la historia, sensible al sufrimiento, atenta a la salvación y comprometida con la pregunta por el sentido.

Estudiar esta transmisión no solo permite reconocer el papel de Bizancio como mediador entre Grecia y Rusia, sino también comprender cómo las ideas migran, se transforman y se reconfiguran en contextos nuevos, generando formas originales de pensamiento y espiritualidad que siguen resonando en la contemporaneidad. La tradición filosófica que emerge de esta genealogía no es un eco del pasado, sino un testimonio de su fecundidad.

Permite repensar las categorías modernas de subjetividad, libertad y trascendencia desde un horizonte simbólico que enlaza la razón con la experiencia mística, la historia con la revelación y el pensamiento con la plegaria. En tiempos marcados por la fragmentación del sentido y la pérdida de referentes espirituales, volver a esta tradición es abrir una vía para reencontrar el vínculo entre filosofía y vida, pregunta por el ser y la esperanza de lo sagrado.



Luis Pegut,
Fémica de carne y hielo.